

El final

Se pegó una ducha rápido y salió a buscarlos al consultorio del psicólogo, era a unas veinte cuadras desde la casa, no había llegado a hacer trescientos metros que siente una goma baja.

—¡No...! pero la reputa madre que lo re mil parió. ¡Dios!, Dios estás en mi contra... ¿Pero qué te hice? — Blasfemaba como futbolista que erró un penal. Temía haber pinchado, cuando bajó para ver el estado, pegada contra el asfalto. La infló con el compresor que llevaba en el auto, tardó quince minutos, salió rápido nuevamente al consultorio, pero no llegó hacer siete cuadras que la goma se volvió a bajar. Alcanzó a ver a dos cuadras el cartel de una gomería con la típica rueda en la vereda. No se detuvo, manejó así en llanta por la calle llena de baches, al llegar pudo observar que había destrozado la cubierta y marcado la llanta. No le importó, compró una goma de ocasión, que no estaba ni peor ni mejor que las otras tres que llevaba el auto. Cuando llegó al consultorio, tocó el timbre y desde el portero le responde una vos aguda y rasposa como de vieja flaca, angulosa y fumadora.

—Ya no hay consultas hoy.

—Buenas tardes. ¿Está el psicólogo?

—No señor. ¿Usted es Sánchez?

—Sí.

—Usted estuvo en una sola consulta, su familia se atiende conmigo desde hace dos meses. Soy la licenciada Karnisky.

—¿La familia Sánchez? —Hace un ratito se retiraron.

—Gracias.

Volando salió a hacia la casa, cuando entró se percató que todavía no habían llegado. Se apuró para prender el fuego y esperarlos aunque sea con la carne en la parrilla, era una forma de buscar el desagravio, luego de cenar invitaría a Miriam a salir a tomar un helado, pensó como si la estuviera invitando a un paseo por Moscú.

Antes de que las brasas estuvieran a punto tiró la carne cuando escuchó que llegaban.

Sin saludo y desde la puerta de la cocina que daba al patio techado, del lado de afuera.

—¿Festejamos en aniversario atrasado? —Nadie contestó— Hola, ¿Cómo están? —Sin entrar a la cocina, con su nariz en el alambre mosquitero. Apenas lo saludaron, los dos más grandes llegaron hasta la mitad de la sala, desde lejos— Hola, pa —y se fueron juntos sin dar explicación, los dos más chicos se sentaron frente a la tele, se pusieron a jugar con la consola electrónica y como coro del tirol le cantaron “No tenemos hambre pa, mamá nos compró un helado de 1/2 Kg a cada uno, no queremos cenar”.

—No tenemos hambre —Fue el comentario de la mujer cual desprecio y superioridad de un oligarca conservador ante un pobre villero inmigrante latinoamericano.

Su mujer se fue a dormir sin saludarlo, solo frente a la parrilla se tomó una botella de vino no muy fino, comió un choripán y se fue a dormir.

El domingo estuvo todo tranquilo, demasiado tranquilo, sin demasiado dialogo, sin peleas, sin nada de nada.

Lunes en su escuela, sin alumnos deambulando por ahí, se acerca Sebastián, el viejo profe compinche.

—Che Pedro. ¿Vas hacer la elección de jefe de departamento?

—Eeeee, mirá Seba...

—Si podés hacerte el boludo —Sebastián interrumpiendo en tono bajo.

—Es lo que quiero hacer, voy a decir que no tuvimos tiempo.

—Sí, estos jefes son buenos —Sebas.

—Sí, obvio, ya me veo qué ganan esos tres boludos que no vienen nunca a laburar y que encima tienen dos horas semanales. En tal caso a principios del año que viene para que no jodan, pero dejo que organicen primero todos los departamentos estos profes que están ahora.

Volvió a la dirección.

Aprovechó un momento de soledad y llamó al coordinador de extensión universitaria por el tema de la denuncia.

—Sí, Pedro, ya estamos trabajando en esto. Yo te aconsejo que te tomes licencia hasta el año que viene. Esa denuncia la hizo un profe con una alumna que es la hija de un concejal.

—¿De un profe, de un colega?

—Sí, y una alumna muy quilombero.

—¿De qué partido?

—Peronista...

—Jodeme... —Pedro.

—Pero esperá. Vos no entendés nada, Pedrito, el actual gobierno del municipio es del “frente integrado peronista” y estos son del “peronismo renovador intransigente”

—Pero la concha de la madre, déjense de joder... Doctor, la clase está grabada, yo las grabo. No hay proselitismo político, es una cátedra sobre el Peronismo ¿De quién quiere que hable? Encima yo me tengo que tomar licencia.

—Mirá, Pedro, no queremos quilombo, estamos tratando de estar bien con todos. La mina ya presenta la tesis y seguro la aprueba, esto es un pos grado, no es la carrera. No jodas. Y el colega no sabemos si sube a decano.

—Ah, pero estoy en el horno.

—No, si sube no pasa nada. La pibita sale con él. Dejá que haga el circo y desaparece. Y este si llega a decano olvidate, que ni sabe quién sos.

Le cortó.

Se quedó callado y pensativo no creyendo todo lo que había escuchado, aunque en realidad sabía que era así.

Al rato viene una auxiliar, Doña Clotilde, uruguaya especialista en empanadas que había aprendido hacer de su marido jujeño, él le había enseñado los más inaccesibles secretos. Picantes para las ferias del plato, regionales o las peñas, además de ser la encargada oficial de las tortas fritas los días de lluvia. Su marido oriundo del camino de las yungas le había enseñado las artes culinarias norteañas.

—Pedro, me robaron —Doña Clotilde afligida pero no desesperada.

—¿Cómo que te robaron?

—No es la primera vez.

—Pero ¿cómo no me cuentan nada?

—Ya sabemos quién es.

—¿Cómo que saben? —Decime.

—No vas a poder hacer nada. Lo va a negar y te va hacer una denuncia. Es María, siempre robó.

—Putra madre, con esa carita de boluda.

—Viste... Lo que pasa es que esta vez es mucho, yo traje la plata para pagar el gas y la luz cuando al salir del cole. ¿Y ahora como lo pago?

—Dejá, yo veo cómo hago y la asusto. ¿Pero estás segura?

Llama al taquero

—¿Seguís enojado? Necesito un favor.

Sin saludarlo le largó.

—Quiero el vino más caro de la vinoteca frente a la estación, y uno no me alcanza...

—Tengo un profe que creo trafica y lo otro es una huevada, pero necesito que vengas al cole por robo y hagas circo. Tengo una auxiliar que afana pero no es mala mina. Me parece que está desesperada.

—Ya voy, pero esta noche quiero mis tres vinos, blanco, rosado y tinto.

Entra una preceptora.

—Dire, ¿Se enteró que falleció el papá de Ceballos?

—No. ¿El papá del pibito ecuatoriano? ¿Qué le pasó pobre tipo?

—Durante la pandemia, no sabíamos nada.

—Bueno, ya decile a los de gabinete que vayan a la casa y vemos si necesitan algo.

—Y... seguro, son como ocho. Agrega la preceptora mientras se retira.

—Estos también son tantos. Bueno dale.

Lo llaman por teléfono de Córdoba.

—Director, queríamos felicitarlo por el comportamiento de sus alumnos y trabajo de los profesores.

Luego del agradecimiento se queda pensando, ahora sí los patitos se van acomodando.

Llamó al jefe de departamento que le tocaba a ese año la entrega de diplomas, era al otro día a la noche. Obvio se pronosticaba lluvias, tormentas, granizo y 42ª C y unos 99 % de humedad.

—Ya está todo, dire, déjelo por mi cuenta, sólo necesitamos dinero.

—Ja, “e plata no nay”, como diría el tano Darío Victori.

—Non ci sono soldi... —Dice en italiano el profe Di Troncoso jefe de Departamento técnico profesional.

—Olvídese profe, vemos cómo hacemos entre nosotros.

De inmediato puso las manos en el bolsillo y le dio lo que tenía, aproximado el valor de dos gaseosas.

—Le aviso que debemos las medallas y los diplomas —el profe en tono de ruego—Ya pusimos dos lucas cada uno.

—Y la hija de puta de cooperadora que desapareció, no atiende el teléfono y nunca hay nadie en la casa —Dijo Sánchez.

—Parece que está presa, ella y el marido. Si estafaban a la gente con el tema de la venta piramidal —el profe.

—Cagamos... Nos intervienen la cooperadora y no podemos tocar los pocos mangos que hay en banco.

En eso llegan dos patrulleros con la sirena al máximo.

—Qué hijo de puta que es, como le gusta el circo, y todo por tres vinos. —Piensa.

Entra el taquero de fagina y seis uniformados armados como para defender el Banco Nación.

—¡Vamos a revisar todas las dependencias! —Le comenta por lo bajo. A los gritos el taquero como si fuera coronel del ejército en el medio del patio. Más aún retumbaba al no haber alumnos.

—¿Qué pasa? —Pregunta una preceptora.

—No sé —Responde Pedro con cara de yo no fui—. Parece que anda un chorrito por los techos...

Se acerca al comisario y le dice por lo bajo.

—Apurate antes de que vengan los pibes.

—¿Mis vinos?

—Esta noche

Aparece Doña Clotilde, el taquero no había llegado a subir al primer. —Díre, apareció mi dinero en el bolsillo del delantal.

—Qué rápido.

Se fueron sin hacer tanto ruido. Pero antes de irse. —Necesito un gancho de chorizos para navidad. —Dijo el comisario.

—Medio... —Dijo Pedro.

—Dale.

Al rato dio una vuelta por el patio y entró a la dirección nuevamente, ya había llegado la vice y al entrar a su oficina estaba el inspector, se sorprendió.

—Buen día inspector. ¿Qué pasó?

El inspector se sienta en la silla de Sánchez. Se queda cayado, tenía sus dedos cruzados y movía los pulgares entre sí. La cabeza baja y el gesto angustiado.

—La puta madre, me corrieron por MAD.

—Y bue... —Se dijo Sánchez.

—Volveré a las horas y volveré a ganar más guita, eso es lo bueno. Mi mujer chocha.

“Que lo parió, no pude terminar lo que quería hacer en esta escuela”. Pensaba mientras esperaba la mala noticia.

—Sánchez, tiene una denuncia.

Se quedó callado.

—¿Qué? Ah si ya sé, pero es en la universidad. ¿Qué tiene que ver con esto?

—¿Cómo tiene una denuncia en la universidad?

—Y sí, por el proselitismo político. ¿O no es eso? No entiendo.

—No sea peronista Sánchez, pero ese es su problema. No Sánchez, esto es grave, lo acusan por acoso sexual

—jajajajaja... ¿Qué...? ¿Una alumna?

—No, una preceptora

—¿Qué? ¿Quién?

—La Señorita. Matilde Laguna.

—¿Y quién es? No la conozco.

—¿Cómo que no la conoce?

—¿Pero trabaja aquí? —Pedro.

—Yo lo quiero salvar, pero de esto no puedo. Usted puede ir preso.

Llama a la vice, el inspector.

—¿Quién es Matilde Laguna?

—Ah, sí, una chica que termino la suplencia hace un mes. —Nora.

—¿Y cuándo venia? —Pedro.

—En el turno tarde, pero faltaba mucho. Una rubia, petiza. ¿Por qué?

—La “pm” —Pedro.

—Usted se queda a cargo Nora —El inspector.

—¿Qué, por qué yo?

—Me hicieron una denuncia. —Pedro en vos baja—. ¿Puedo venir mañana a la noche a la entrega de diplomas?

—No. —Terminante el inspector.

—Por favor.

—Bueno, pero no sé nada. —Luego desaparece.

—¿A Pedro...?. No puede ser. —Nora mirando a Pedro de costado—. Será un hijo de puta, pero este es incapaz. —Da vuelta la cabeza hacia el inspector—. Si quiere más a la escuela que a su familia y ni sabe que existen las mujeres.

—Gracias Nora...

—No, Pedro, es real. Serás un idiota, pero no estás haciendo las cosas mal. Yo las haría mejor, pero yo quiero subir por derecha.

Se sorprendió pero la angustia no le permitía disfrutar la confesión de Nora.

—Esa piba estaba detrás tuyo todo el día.

—¿Qué?

—Ay pedro, el único que no lo sabía eras vos.

—Pero yo no me di cuenta.

—Bueno, eso se verá, por ahora está separado del cargo. —Interrumpe el inspector demostrando impaciencia.

—Se fue a la casa sin saludar a nadie, no sabía qué hacer, cómo decirle a su mujer, como afrontar a sus hijos, cuanta vergüenza.

Paso por el estudio de la mujer, al llegar ella se sorprendió de verlo, estaba con un cliente, esperó a que se retire.

—¿Qué haces aquí?

Estaba callado, en silencio, no sabía cómo manejar la situación.

—Estoy sumariado.

—¿Qué hiciste? —Ya culpándolo.

—Nada. —Dijo Pedro.

—Pero por algo te hacen un sumario.

—Me hicieron una denuncia por acoso sexual.

—¿Qué? ¿Pero vos sos un pelotudo? ¿Sabes lo que significa eso?

—Que me sacan de la dirección de la escuela.

—No, que podes ir preso.

—Pero si yo no hice nada, es mentira.

—Pero a quien carajo le importa si es verdad o mentira. Aquí lo que les importa a los medios es la venta de la noticia.

—Pero Miriam, es mentira. No me pueden hacer nada.

—Pero vos sos un boludo en serio.

—Pero vos sos abogada...

—Pero justamente por eso soy abogada, para defenderme de los abogados y de esta justicia de mierda. Aquí no existe la justicia Pedro.

Un silencio.

—A ver, dejame que yo me encargo, no, pero no me puedo encargar. Bueno, no, primero averiguo y después le paso el caso a Mauricio.

—¿Por qué Mauricio?

—Hay Pedro, no empieces con esos celos pelotudos, él es socio de Ponti, esa mina te puede llegar a sacar de este quilombo, además yo no entiendo nada de ese estatuto de mierda que tienen ustedes. Pero ahora decime la verdad Pedro. ¿Vos te mandaste una cagada?

—Pero de que me hablas. ¿Qué cagada?

—Mira, yo te conozco, creo que sos incapaz de sobrepasarte con alguien, pero por ahí hiciste una broma, y lo tomaron a mal.

—No, nada que ver, si yo no bromeo con nadie.

—Bueno. Andá a casa y veo.

Llegó a la casa, se quedó sentado en la cocina sin saber qué hacer, no podía ni preparar el mate.

De inmediato se puso a llamar por teléfono a todos sus conocidos.

Al otro día. A la noche fue a la entrega de diplomas, sentía todas las miradas encima aunque nadie lo sabía todavía, el presentía que sí. Nora había sido discreta.

El acto fue apoteótico, sus palabras breves pero sentidas fueron más que aplaudidas.

Al llegar a la casa se volvió a desarmar.

Cuatro días acostado, era la primera vez que estaba deprimido, casi no salía del dormitorio, lo único que pensaba era en su escuela, no en lo que le podía pasar a él. Lo que pensarían sus hijos, su mujer, sus padres, hermana y amigos.

No quería ver los noticieros, tenía miedo de ver enfocada a su escuela y los periodistas diciendo que había un director acusado de acoso.

Al cuarto día, de no hablarse con la mujer porque ella ni lo saludaba, entra al dormitorio.

—Mira, esto es raro. La denuncia está hecha en la jefatura, pero no hizo denuncia en la comisaría y tu inspector todavía no elevó nada. La Doctora Ponti es docente y conoce al jefe, parece que no le dan bola a la mina esa porque ya hizo otras denuncias falsa.

—Ah, bueno, listo.

—Esperá, esto lo tienen que resolver ellos.

Hizo un silencio, él la miraba expectante.

—Pedro, quiero que te vayas de casa.

—¿Qué?

—Se terminó, Pedro.

—Pero ¿qué se terminó? No entiendo. Pero si vos sabés que yo no hice nada.

—Siempre va a estar la duda, Pedro.

—Pero qué. ¿No me querés más?

—Hay Pedro, qué inmaduro que sos. No sos un hombre, sos un chico. No entendés nada.

—Pero yo te quiero.

—Pero esto me lastimó mucho, Pedro, lo tengo que pensar, Andate y después de unos meses vemos.

Se quedó atónito, no sabía qué decir, se había olvidado de respirar.

—Bueno. ¿Y qué hago?

—No sé. No quiero que hoy duermas en casa. Mañana hablamos con los chicos, yo te preparo las valijas esta noche. Aprovechá que los chicos no están y mañana vemos. Pero necesito que te vayas ya Pedro.

Era corto y no sabía cómo defenderse, sentía culpa de que la mujer pensara que era verdad el supuesto acoso.

Cuando fue al comedor ninguno de los hijos estaba, fue hasta el auto, manejó hasta la plaza y lloro.

Luego de media hora se recuperó, intentó poner sus ideas en orden, llamó a su mejor amigo.

—Venite a casa ya —le dice Pancho.

Cuando llegó su amigo le había preparado una cama en la cochera.

—Escuchame, Pedro, ya vienen los muchachos para aquí,

—No boludo, tampoco era para una reunión.

No había terminado de decirlo que llegaron todos en dos autos.

Entra primero el turco sin saludar. —Dejame el caso a mí. La vamos a hacer mierda a esa hija de puta. Seguro tiene un tipo desde hace un par de años.

—Pará turco. —Le grita Pancho—. Bajá un cambio.

—Dale turco, mi mujer no es así.

—Pero este es un pelotudo, el único que no se da cuenta que tu mujer está en otra sos vos.

Se juntaron todos en la cochera.

—Pará turco. —Le dijo el polaco.

—Shiiiiii, tranqui, dale tiempo. —Dijo el ruso.

—Tano. ¿Tenés un duplex? —Le pregunta Pancho.

—Ma sí, tengo. ¿Pero quién pone la escritura?

—Mirá que sos puto tano eh. Yo pongo la mía —dice Pancho.

—Necesito dos.

—Sos hijo de puta —El polaco.

—Bueno, está bien, una. —El tano resignado ante la presión de la mirada del resto.

—¿Y el depósito? —El tano—. Si este no tiene un mango.

—La guita de los dos primeros meses la pongo yo, dice el ruso.

Pedro no hablaba.

—No vayas mañana, Pedro, yo te voy a buscar todo y te ayudamos hacer una mudanza.

—Te dejo la heladera —le dice el tano.

Seguía sin hablar, no aguantó y se puso a llorar.

Pancho lo abrasó. —Vamos, amigo.

—Es tierno este, dice el turco.

—Dejémoslo dormir, está hecho *áca* —El ruso.

Se quedan en la vereda

—¿Saben de la denuncia? —El turco.

—Sí, algo. —El polaco y continua—. Vamos a un café y nos contás.

Lo quedaron mirando

Les comentó brevemente y se fueron al café.

Al otro día se levantó tarde, ya al medio día los amigos le había acomodado el dúplex, en dos días se había mudado, todavía no había ido a hablar con los hijos. Ya instalado, al segundo día llamó a Miriam para ir a ver a los chicos y charlar con ellos, quedo a las 18hs.

Dio un par de vueltas y decidió ir a ver a Miriam al estudio, Eran las tres de la tarde, estaba la persiana baja pero la puerta chiquita abierta, entró despacito para no molestar a la mujer. Nadie en el recibidor, al entrar a la oficina de ella la encontró abrazada a un tipo de traje.

Los tres se quedaron tiesos.

Pedro salió de la oficina y se subió al auto, fue derecho a su casa a hablar con sus hijos, les tiraría toda la mierda y el veneno encima que tenía.

Que hija de mil puta, seguro hace tiempo que sale con este tipo. ¿Pero cómo no me di cuenta?

Soy un boludo, pero qué pelotudo, lo debe saber todo el mundo menos yo.

Pero si yo me rompo el ojete para que ella esté mejor, pero qué hija del mil puta, la muerte es poco, despacio, lenta debería ser.

Para el auto en la plaza, no podía llorar. Ahora tenía bronca, indignación.

—¿Pero qué hice mal? Se dijo en vos baja.

Fue despacio hasta la casa, se detuvo en la puerta y miró el sacrificio de su vida.

Bajó despacio, abrió la puerta con sus propias llaves, los cuatro hijos adentro viendo una película estreno. Los miró fijo.

—Los amo, nos vamos a ver todos los días. Yo no quería esto.

Los cuatro hijos lo abrazaron, no sabían de culpas o responsabilidades.

—Nos vamos a ver. — Dijo él.

—Tranqui, pa, ya se le va a pasar a mamá. —La hija más grande.

—Veremos... —El hijo más grande.

—Vas a venir todos los días —el hijo chico.

La más chiquita no hablaba.

Todo lo que pensaba decir de su mujer no lo dijo, el tiempo va a mostrar quién quería, quién fue engañado y quién decidió todo esto. Sin cambiar, siendo él mismo debía seguir enseñando con el ejemplo.

Le dio la llave de la casa al más grande y sin decir casi palabra, se fue en silencio.

Estuvo una semana casi solo sin hablar con nadie, solo llamaba a los hijos dos veces por día, faltaban dos días para el 24 de diciembre.

Tocan la puerta del dúplex, se imaginó alguno de los amigos.

Era Nora.

—Hola, Pedro

—Pasá.

—No, me llamó el inspector, tenés el celu apagado.

—Sí.

—Quitaron la denuncia, Pedro, volvés a la escuela.

—¿Qué?

—Dale, venite que tenemos mucho que hacer. Ah... y metieron en cana el profe del BMW. Tenías razón, le vendía a los pibes.

En eso llegan los amigos, todos en el auto del turco, apenas se llegaron a cruzar los amigos con Nora. El turco saluda a Nora desde lejos con una sonrisa y le hace un gesto que nadie vio.

Pedro no podía disfrutar de su alegría.

—Entren muchachos.

—No —le dice el turco— tenés que ir a la escuela Y otra cosa...

—¿Cómo se enteraron? —Pedro lo interrumpió.

—Esa mina te quiere mucho, el que te sacó de este quilombo es el marido de ella, un muy buen abogado, gomia mío. —El turco.

—¿Quién?

—El marido de Nora. Un cuervo astuto. —El turco.

—Se quedó frío.

—Pedro... Miriam no te quiere —Le dice Pancho— Hace tiempo que el único que tira del carro sos vos. Nosotros nos hacemos los boludos, pero todos nos dimos cuenta hace tiempo.

—Seguro hace tiempo que sale con ese tipo —El polaco.

—Nunca me imaginé que me estaba cagando. —Pedro con los ojos llorosos—. Pero reconozco que yo laburo todo el día, estoy siempre con la cabeza en la escuela.

—No seas boludo, volvé a la realidad. Esa no es excusa para cagar al marido. Seguro que sale con ese tipo hace más de un año. Si ella te pidió el divorcio es por eso. Y seguro que no quiere saber nada con vos desde antes de meterte los cuernos. El ruso en franca síntesis psicológica.

Se fueron todos.

Al rato llegó a la escuela, eran las 11 de la mañana.

Todos lo saludaron naturalmente como si nada, pero al sentarse en su silla, toda la secretaría, auxiliares y preceptores y cargos del turno se acercaron y lo aplaudieron.

No pudo evitar volver a llorar.

Entra un tipo de unos treinta años a la secretaría pidiendo hablar con Pedro.

—Director, puedo hablar con usted.

—Sí, buenos días.

—Soy Carballo, ex alumno suyo de la escuela técnica.

—Uh, no te reconocí, disculpame.

—No importa profe. Le quería comentar que vengo a anotar a mis hijos Yamila y Yonatan a su escuela. Son mellizos y entran a primer año.

—Gracias, qué honor. Y contame ¿Qué es de tu vida?

—No, el honor es mío. Quiero que mis hijos vengan a la escuela que usted dirige. Gracias a usted, hoy soy ingeniero, usted me sacó de la villa.

Se quedó en silencio unos segundos. Ni lo recordaba y ni tenía idea de quien era, hasta que el muchacho le mostró una foto de pibe y ahí lo reconoció.

—No, por favor no me digas eso. Fuiste vos con tu esfuerzo y varios profes que te ayudamos a que veas un camino.

—No, fue usted y sus palabras y su exigencia profe. Usted además de enseñarnos historia se detenía. Nos aconsejaba, nos decía cómo y por qué debíamos seguir estudiando. Nos dio afecto y clases de ética.

Se levantó, lo abrazó y una vez más a llorar. Era obvio que todo lo sensibilizaba como si fuera un chico.

Al muchacho también se le cayeron unas lágrimas y antes de retirarse le largó.

—Sabe profe, usted no tiene idea cómo nos abrió la cabeza. Con su ejemplo y sus palabras. En el barrio todos hablan de usted y de cómo es como profe y ahora como dire.

No le pudo responder.

El joven lo observó de la forma que se miran a los ídolos y se salió de la dirección.

Se quedó solo en silencio, cerró la puerta, volvió a llorar sin hacer ruido, se acomodó la corbata y salió a de la dirección.

—Bueno Nora... —Se acercó y le dio un beso— ¿Me preparaste las notas para el inspector?

—No me rompas Pedro. Pedile a la pro secretaria que no estoy para tus notas pelotudas. Y no me des besos que no te banco.

La dejó hablando sola.

—Qué tipo pelotudo e inútil, se quedó murmurando sola y se puso a redactarle la nota para el inspector.

Caminó sonriendo por el medio del patio, abrazó a un par de alumnos deambulando por el patio entre examen y examen.

—Ojo, que los profes no les encuentren los machetes.

Los pibes rieron y entraron al aula.

Tomo su celu, marco un número. Sonreía solo y saltó hacia el mástil dando un círculo tomado de una mano cual bailarina de caño.

—¡Che, tano la reconcha de tu madre, traeme la puta bomba yaaaaaaaaaaaaa hijo de mil puta que me vas a tener que bancar veinte años en ese dúplex de cuarta! Jajajajajajajajaj riendo por el patio abrazo a su escuela desde el corazón y nada le importaba.

Fin.

Gracias por la colaboración de Emanuel Isac Sachello.

Este relato es una ficción, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

RL-2020-05109278-APN-DNDA#MJ